

Mi libertad

Martín Jiménez Macías

*DE PASIONES,
PRESIONES Y
DEPRESIONES*

Mi libertad

Martín Jiménez Macías

Capítulo 1

Mi libertad

Ya no me hables más, haces que la gente voltee a verme con miedo y no me gusta sentirme observado, sé que me dirás otra vez lo mismo – ¿Y a ti que te importa la gente? – pero a veces he tenido que dar la vuelta y caminar cuando se me acerca un policía. Muchas veces tengo que caminar cuerdas y cuerdas para evitar los miramientos pero tú no entiendes eso, ¡Va!, que chingados vas a entender.

Si quieres que te hable lo haré desde mi pensamiento, yo sé bien que me escuchas así que no me hagas hablar en voz alta porque luego se me salen esos espavientos con las manos que tanto asustan a la gente.

El hombre camina y deja de hablar, intenta mantenerse recto pero apenas unos minutos antes acaba de despertar y ya pasa del mediodía, además el sol no ayuda en una caminata descalza y seca, el sol no ayuda a encontrar descanso en algún techo ajeno, el sol no ayuda a volar. La ventaja de andar descalzo es que sus pies ya tienen costras gruesas y fibrosas que amortiguan el golpe contra un suelo caliente, terregoso y empedrado.

El hombre se desplaza las lagañas hacia las mejillas para dejar espacio abierto a sus ojos que alguna vez fueron verdes, siendo niño sus ojos fueron verdes. Camina sin prisas porque no tiene un destino en mente, lo único que quiere es dejar de escuchar esa voz que lo obliga a hablar en voz alta, el hombre solo quiere ser libre, libre como el aire. En su andar observa sus pies, uñas largas y dolorosas, de vez en cuando siente el deseo de arrancarlas de sus dedos para ya no sentir ese entierro en su piel, pero en cuestión de segundos el dolor desaparece y lo olvida por completo. A un costado de su pie derecho aparece un cigarro a medio consumir, aún está humeando, a toda prisa se agacha para recogerlo y llevarlo a su boca, inhala, dos, tres, cuatro veces hasta que logra ponerlo al rojo vivo otra vez, se tira en la banqueta más cercana buscando algo de sombra, luego solo consume su hallazgo lentamente. El Hombre se queda dormido, otra vez.

– ¿Papá? –

– ¿Qué sucede Javier? –

- ¿Algún día voy a volar? -

- Claro que si hijo, podrás volar y viajar por todo el mundo, pero para eso hay que hacer los gusanitos en tu libreta, así como te enseñó la maestra -

- Papá, yo no quiero ir a la escuela, me quiero quedar aquí contigo todo el día, te quiero ayudar -

- No tengas miedo hijo, apenas es tu segundo día de escuela y siempre has sido muy inteligente, veras que pronto aprenderás a leer y escribir y ya no tendrás miedo a estudiar, ahora recárgate en el árbol y haz los ejercicios que tienes de tarea -

- Está bien papá -

El papá de Javier se coloca la nariz de payaso, toma las tres pelotas del suelo y observa el semáforo, la luz acaba de cambiar de verde a rojo, camina al centro de la avenida y comienza a hacer malabares con una gran sonrisa en el rostro, tiene la habilidad para guardar el equilibrio de las pelotas y al mismo tiempo observar a Javier – Eres un muchacho muy inteligente, tu madre estaría muy orgullosa pequeño –

El hombre despierta de su sueño con una lágrima resbalando por su sucia y craquelada mejilla –me haces mucha falta papá – se pone de pie y comienza a caminar mientras escucha nuevamente la voz:

- Volar es libertad Javier -

- Ya lo sé, mi padre me lo decía, ¿Por qué me sigues fregando con eso? -

- Volar es libertad Javier -

- ¡Déjame en paz! - Grita en voz alta.

Las personas comienzan a apartarse lo más lejos posible del hombre, piensan que se pondrá violento pero el hombre solo está confundido, camina más aprisa para buscar un lugar despoblado donde pueda estar más tranquilo y diez minutos después encuentra un callejón, se esconde tras los botes de basura, se sienta, se recarga de brazos sobre sus rodillas y comienza a llorar – Papá... papá –

- ¿Por qué lloras Javier? - Le pregunta la voz en su mente

- ¡Déjame en paz! -

- Vamos Javier, no seas grosero, mira, busca dentro de ese bote, al fondo encontraras una botella de mezcal -

El hombre se pone de pie y comienza a hurgar entre la basura, sabe que la voz que lo incita tiene razón, siempre la ha tenido y en efecto, al fondo de ese bote se encuentra con una botella de Monte Albán. El hombre la observa, la destapa y bebe, bebe hasta el hartazgo.

Javier comenzaba el preescolar, era un pequeño de piel clara y de ojos verdes al igual que lo era su madre aunque él no la recordaba. Vivía con su padre en un pequeño cuarto de renta y todo el día estaban juntos. Pero ahora que Javier tenía que ir a la escuela se debían separar por unas horas. Por las tardes estaban juntos en la avenida Independencia casi hasta el anochecer; su papá hacía malabares en el crucero de los ruiseñores, aunque su plan era más ambicioso pero por ahora no tenía más opción, tenía un pequeño de cuatro años que ahora era lo único que lo mantenía vivo y alejado de los inhalantes, daría la vida para que su hijo lograra ser un hombre importante.

El crucero era famoso porque era un mercado en plena carretera: limpiaparabrisas, fruta picada, aguas frescas, pan, artistas, flores, chicles, paletas, limosneros y en ocasiones también colectas para la Cruz Roja y para algún grupo de alcohólicos anónimos.

- ¿Tú te has subido a un avión papá? -

- No mi amor, no lo he hecho, pero algún día lo haremos juntos si tú quieres -

- Si papá, yo quiero volar -

- Volar Javier, volar es libertad -

- ¿Qué es libertad papá? -

- Pues la libertad es sentir el aire en tu cara, así como lo hacemos ahorita Javier, pero libertad es sentir el aire y no pensar en nada más, solo en respirarlo -

- No te entiendo papá -

- No me hagas caso Javier, anda sigue haciendo tus tareas, que yo debo

trabajar –

– Si papá –

El hombre se levanta y cae de nalgas, el mezcal fue muy pesado para él, lo intenta una vez más: levantarse, y como puede lo logra. Se recarga entre el bote de basura y la pared del callejón, está oscuro y no ve claro, se saca el pene del pantalón porque no soporta las ganas de orinar y lo hace: orina, La pared del rincón se comienza a humedecer, dos segundos después aparece un río de orina que le moja las plantas de los pies pero él no lo siente, hace bastante tiempo que sus pies han desarrollado una gruesa capa de mugre que le suprime del frío y del dolor, una gruesa capa de soledad que le suprime del deseo, del hambre y de la fuerza.

La oscuridad ya no es tan profunda, los ojos del hombre se han adaptado a la noche, camina dos pasos y encuentra la botella: aun con algo de mezcal que beber, la recoge y camina, tiene un punto fijo en mente: – Quiero volar –. El hombre camina al cruce de los ruiseñores.

El accidente dejó todo el cruce de los ruiseñores inundado de naranjas, Javier observaba recargado en el árbol donde hacía sus tareas. Algunas personas llenaban bolsas con naranjas, otras más corrían desesperadas buscando ayuda, al menos hubo tres comerciantes heridos por el desprendimiento de la caja de aquel viejo camión, muertos también los hubo. Las naranjas caminaban en todas las direcciones pero Javier no las observaba, él buscaba a su padre entre la gente y no lo encontraba. Su padre le había prohibido bajarse a la carretera así que no podía caminar para ningún lado.

Hasta los pies de Javier y separándose de todas las naranjas, llegó una pelota de las que usaba su padre para trabajar frente a los coches, la pelota llegó rebotando. Javier la juntó, la metió en su bolsa y se puso a llorar. Jamás volvió a sonreír.

El hombre llega al cruce de los ruiseñores a las cuatro de la mañana, hacia tanto que no estaba tan cerca del lugar donde vio a su padre por última vez que sintió un ligero escalofrío. Sube al puente peatonal que atraviesa toda la avenida independencia, camina hasta el centro de este, observa hacia abajo y se encuentra justo encima del malecón donde siendo niño se recargaba en algún viejo árbol para hacer sus tareas, el

árbol ya no está.

Se sube al barandal del puente y luego brinca por encima de la estructura para quedar hasta arriba y sentir el aire correr por su cuerpo, ahora que está en la cima de aquel viejo puente no hay barreras que lo limiten para sentir el aire – Ahora entiendo lo que me decías papá, ahora siento la libertad, ahora respiro y no pienso en nada más, solo tengo este momento para disfrutarlo –

El hombre camina hasta la orilla del puente y voltea a ver la luz de la luna, desde ahí arriba la luz es más brillante, desde ahí arriba una sombra habla con él:

– Volar es libertad Javier – dice la sombra mientras se aleja

– ¿Por qué te vas? ¿tanto tiempo chingando y ahora te vas? –

– Me voy Javier, porque ya encontraste la libertad –

La sombra desaparece, el hombre bebe hasta la última gota de mezcal y arroja la botella a la carretera libre de coches, la botella se rompe con un ruido fuerte pero ausente al mismo tiempo, cuando no hay quien contemple nuestras tristezas, nuestros gritos son ausentes.

El hombre mete la mano en la bolsa derecha de su pantalón y saca una pelota vieja, la observa y luego la empuña.

El hombre alza los brazos sin dejar de empuñar la pelota, asemeja ser un ave que quiere volar, asemeja estar frente a un dios que jamás nadie le presentó, intenta buscar a su padre en el cielo ahora que con su frente es capaz de rozarlo, sonrío, sonrío por primera vez en mucho tiempo y por última vez en su vida, el hombre deja caer su cuerpo hacia la carretera para sentir el aire, son veinticinco metros de altura para respirarlo y no pensar en nada más. Ahora el hombre está volando –Volar es libertad – dice con una gran sonrisa en su boca.